

LA TORMENTA

POR EDUARDO MAULEON

Poco antes de llegar a la cumbre de rocas moradas, las nubes se rompieron, Hacía bastante rato que éstas se estaban llamando entre sí al objeto de hacer causa común. La unión hace la fuerza. Así, cuando todas ellas se hicieron una sola, se tiñeron de oscuro, escondieron al sol y estrellaron contra el suelo caliente, con rabia infinita, todo lo que dentro llevaban.

Lluvia, granizo y pedazos de fuego. En pocos instantes las montañas y las lomas cubiertas de helechos, borraron su brillante y destacada tonalidad para adquirir un aspecto uniforme y desolado.

Para perder altura hay que cruzar otra vez este bosque que casi se acerca a la cima de bloques de arenisca. Dentro, el granizo golpea y arranca con furia las hojas de los robles, rebota en los troncos y llena la senda gastada de bolas blanquísimas.

La luz instantánea, cegadora y terrible del rayo; su seco trallazo abriéndose en seguida en ecos tremendos, hace dar saltos a un puñado de ovejas que marchan delante de mí. Se precipitan bosque abajo para apiñarse después y hacer un enorme bloque de lana.

El bosque gime y chorrea lágrimas de miedo.

Por esta barrancada, llena de ramas, hojas perdidas y pedruscos musgosos, descienden chorros de agua manchada de barro.

La atmósfera, repleta de electricidad, va eliminando incesantemente lastre de infiernos.

Aquí se termina el bosque para dar paso al campo vacío. Si angustioso y terrible resulta caminar por el interior de un bosque en un día como éste, no menos horrible impresión de soledad, de abandono, de insignificancia, de impotencia, causa el hallarse ante un terreno pelado, descubierto, con lomas sin fin, cara a un cielo ennegrecido y furioso.

He aquí, pues, la incertidumbre, rebosante de temor y desamparo, ante la conveniencia de pensar y asimilar en lo que puede resultar menos peor para uno. La

elección entre permanecer bajo este enorme paraguas lleno de agujeros que es el bosque, en el que cada uno de sus árboles es una atracción al rayo, o hallarse ante un paraje-calvo, con horizontes en el infinito, viendo, como ahora, a las chispas estallar en las piedras de allá arriba o hundirse entre los helechos mojados.

Me hallo precisamente en esa frontera. En la duda me quedo aquí. Entre lo que se acaba y lo que empieza. Aunque en realidad no se a ciencia cierta qué acaba y qué comienza. Todo es idéntico en esta tormenta.

Cada culebrina de fuego escapada de las nubes es un pavoroso porrazo dado en el corazón.

Verdaderamente es entonces, en casos tan concretos como éste, cuando indefectiblemente buceamos intensamente, con verdadero fervor y humildad, entre el desbarajuste que llena hasta rebosar, nuestra conciencia, a fin de cercionarnos si nuestra balanza de pecados y virtudes guarda el nivel de peso obligado. Nuestros propósitos de enmienda son inconmensurables. Hasta que no llega ese momento nuestra debilidad humana intenta capear, de la forma que sea, todo cuanto ahora el temor nos hace sacar al exterior. Postura denigrante y desafortunada, ciertamente.

Tengo frente a mí, en la esquina del bosque a una yegua inmóvil, de piel negra y reluciente, cuya crin está totalmente pegada a su cuello. Su cría de patas larguísimas y delgadas, se aprieta al cálido vientre de su madre con la misma fuerza que yo a esta roca empapada por el agua en la que pretendo sentir una oquedad tan sólo por mi miedo imaginada.

Ahí estamos los tres; mirándonos, intentando confortarnos o aliviarnos mutuamente en nuestro atemorizado abandono.

Creo que cuando esta horrorosa tormenta que sobre nosotros gravita se vaya, nos diremos un adiós comprensivo y de todo corazón.